

Las mujeres salmón

**Las deportistas que, a contracorriente,
cambiaron la historia de España**

Patricia Cazón

DEBATE

Índice

PRÓLOGO: Lili Álvarez	15
Amelia del Castillo	21
Conchi Amancio	29
María Teresa Andreu	36
Pepa Senante	45
Sagrario Aguado	49
Amaya Valdemoro	57
Miguel Ángel Calleja	63
Conchita Martínez	67
Lola Fernández Ochoa	74
Miriam Blasco	84
Olga Viza	93
Montse Puche	102
Mireia Belmonte	111
Mari Paz Corominas	115
Conchita Mínguez	121
Carmen Valero	126
Laia Sanz	131
Dolors Ribalta	137
Rafa Muga	145
Alba Palacios	153
Joane Somarriba	159
Ana Muñoz Merino	164
Irene Lozano	171

María Peláez	177
Edurne Pasaban	188
Tania Lamarca	198
Paloma del Río	207
Teresa Perales	217
Carolina Marín	223
Sandra Sánchez	229
Yolanda Parga	240
Beatriz Galán Cayado	245
Coral Bistuer	250
Blanca Romero	259
Gemma Mengual	263
Anna Tarrés	269
Natalia Pablos	278
Danae Boronat	289
Alfredo Relaño	295
Lola Romero y María Vargas	301
Virginia Torrecilla	310
Carla Suárez	319
Félix Laguna	329
Selección española de fútbol femenino	333
EPÍLOGO: CD La Pedraja	339
AGRADECIMIENTOS	343

Prólogo

Lilí Álvarez

(Roma, 1905-Madrid, 1998)

Al principio, fue ella. Ella, Elia María González-Álvarez y López-Chicheri, aunque para la historia quedaría como Lilí Álvarez, la primera mujer en escribir su nombre en el deporte español. La primera en unos Juegos Olímpicos, los de París 1924, y también la primera del tenis. Cuarenta y seis años antes de que Conchita Martínez naciera, Lilí disputaba su primera final en Wimbledon, en 1926. Lo haría dos veces más, en los dos años siguientes. Un hito que la convertiría en The Senorita para los ingleses.

«Lilí fue la primera gran figura internacional que hubo en nuestro país», resume el periodista Pedro Hernández. Una mujer extraordinaria desde el mismo día que nació, un 9 de mayo de 1905 en el hotel Flora de Roma. «Era la heredera de una familia de burgueses y aristócratas. Su abuelo, Juan López-Chicheri, fue diputado de la sierra de Alcaraz y senador del reino en varias legislaturas por el partido de Cánovas del Castillo. Su abuela, Avelina Caro y Vélez, «hija del marqués de Caro», escribía el propio Pedro en un semblante dedicado a Lilí publicado en *La Vanguardia* en 2018, perteneciente a la serie «Mujeres de Wimbledon». Su madre, Virginia, se había casado en primeras nupcias con Carlos Sousa y Álvarez de Toledo. La muerte prematura del primer hijo no sólo rompió el matrimonio, también la sumió a ella en una profunda depresión. «Trasladó su residencia a Suiza», detalla Pedro. Allí conocería al padre de Lilí, el abogado Emilio González Álvarez. Lilí nació en una larga estancia que pasaron en Roma. De él heredaría la pasión por el deporte.

Porque ella fue historia del tenis, pero destacó en todo lo que hizo. Y ese todo abarca mucho. A los cuatro años ya patinaba sobre hielo. Subida a una silla, por la altura, aún sin llegar a la mesa, aprendió a jugar al billar. Practicó equitación, alpinismo, esquí, automovilismo... En 1924 ganó el Campeonato de Cataluña de Automovilismo en su categoría masculina (la femenina no se contemplaba). Ese mismo año se convirtió en la primera mujer española en ser convocada a unos Juegos Olímpicos, los de invierno en Chamonix (Francia), a los que no pudo acudir por una lesión de rodilla. A los dieciséis ya había ganado su primera medalla internacional, pero esa lesión truncó su carrera sobre ruedas. Colgó los patines y se volcó en la raqueta. Se quitaría la espina olímpica en París 1924. Un año antes había ganado un campeonato de tangos... en Alemania.

Pierre de Coubertin, fundador de los Juegos Olímpicos modernos, había prohibido expresamente la participación de mujeres. No hubo ninguna en los primeros que se celebraron, los de Atenas 1896. Cuatro años después, en los de París 1900, se colaron veintidós, veintidós entre 997 atletas. En los de París 1924, Lili y Rosa Torrás se convertían en las primeras mujeres que representaban a España en unos de verano. Cayeron en cuartos. Hasta Roma 1960, treinta y seis años más tarde, ninguna mujer representaría a España en unos Juegos Olímpicos. Muchos más años tendrían que pasar hasta que otra consiguiera mejorar su diploma olímpico. Fue Miriam Blasco, en Barcelona 1992, alzándose con un oro en judo que suponía, además, el primer metal del deporte femenino español en unos de verano. Lili aún vivía. Murió en Madrid a los noventa y tres años, sin descendencia y con un solo trofeo guardado en su casa. «Uno pequeño que le había regalado el rey Gustavo de Suecia», susurra Pedro Hernández, con emoción.

«Ella era un personaje de lo más complejo, con una gran riqueza humana», dibuja Benilde Vázquez, profesora del Instituto Nacional de Educación Física (INEF),* doctora en Pedagogía del Deporte, Premio Nacional a las Artes y las Ciencias Aplicadas al

* Desde 2022, Ciencias de la Actividad Física y del Deporte (CAFD).

Deporte e impulsora del seminario «Mujer y Deporte» desde hace treinta años. «En su época el deporte no estaba tan extendido como ahora, menos aún para las mujeres». Pero Lilí tenía una ventaja, formaba parte de la jet set. «Ella no hacía deporte para competir, sino porque le gustaba, y además porque era una forma de relacionarse socialmente en la época —expone Benilde—, pero no todas las mujeres de su clase social lo hacían», valora. Y eso engrandece su figura. Lilí aprovechó lo que su estatus le brindaba para hacerlo... Y comenzar a abrirle la puerta a todas las demás. «Era muy valiosa», resume Benilde. «Tenía un porte aristocrático, una educación exquisita —añade Pedro—. Era muy feminista». Y en eso también fue pionera, en la sororidad desde el deporte y la palabra, porque también fue periodista y escritora. Publicó una docena de libros (*Modern lawn tennis* fue el primero, editado en Londres en 1927, a los veintidós años; en *Plenitus*, que vio la luz dos décadas después, defendía abiertamente el feminismo), participó en congresos, entrevistó a referentes como Clara Campoamor. Y escribió artículos en *La Vanguardia*, en *Blanco y Negro*, en *Arriba*, en *La Nación* (de Argentina) y hasta en *The Daily Mail*, para quienes cubriría la guerra civil española.

«Lilí idolatraba Wimbledon», retoma Pedro. Cuando participó en los Juegos Olímpicos aún era una desconocida para los españoles. Al fin y al cabo, llevaba media vida viviendo en Suiza, Francia, Alemania o Italia. Pero en 1926 todo cambiaría. «Por fin estaba donde ya debía haber estado. El capítulo que soluciona o resuelve adónde se dirigía mi vida», aseguró entonces la propia Lilí, como recoge el libro editado por el Consejo Superior de Deportes, *Historia cultural del deporte y la mujer en la España de la primera mitad del siglo xx a través de la vida y obra de Lilí Álvarez*. «Los serios ingleses se encontraban con una joven que no lo hacía mal, tenía muy buen estilo, era graciosa y tenía golpes que no esperaban». Después de cuatro partidos, Lilí estaba en la semifinal, jugaría con Molla Mallory («una de las grandes del tenis estadounidense»). En sus duelos anteriores de la competición sólo había cedido un set. El de aquella tarde quedó para siempre en la historia de Wimbledon: el 2-6, 6-0 y 6-4 de Lilí se convirtió en su puerta a la final. La cinta en el